RECOMENDACIONES PARA EL ESTUDIO DE LAS VIOLENCIAS.

JOSÉ MARÍA TORTOSA BLASCO

Catedrático de Sociología. Universidad de Alicante.

Hacer una introducción al tema de la violencia, en un contexto en el que se van a tratar con detalle muchos de sus aspectos y algunos de los campos en que aparece, comporta la necesidad de intentar afrontar un doble reto: por un lado, hay que ser suficientemente generalista como para que todas las intervenciones posteriores encuentren su lugar, pero, por otro lado, no se puede hablar tanto de lo general de modo que se acaben diciendo generalidades. Hay que construir un mapamundi en el que se puedan encontrar todas las localidades, pero no tan general que ya no se encuentre nada.

Al mismo tiempo, este tema, y en este momento, supone procurar evitar un doble riesgo: por una parte, y ya que la violencia es vistosa, visible, mediática, el caer en la pornografía de la violencia, como la hay del sexo y del hambre, y, por otra parte, y ya que hay que tomar distancias críticas frente a la realidad analizada para no dejarse atrapar por la sangre, el atentado o la agresión, el otro riesgo es quedarse en una brillante exposición de lo mal que estamos en este campo sin hacer ninguna aportación al cómo se tendría que superar, solucionar, mitigar el problema de la violencia, temas que son, como se puede imaginar, los retos para el Trabajo Social y no sólo para el Trabajo Social.¹

I. ADVERTENCIAS PREVIAS.

Vaya por delante un toque de atención ante un hecho del que no se suelen sacar todas las consecuencias que se debiera: la violencia “vende”. Ha vendido en Hollywood, por lo menos hasta el 11 de septiembre

¹ A pesar de la reacción emocional comprensible, en los ciudadanos de los Estados Unidos, hay intentos de aprender de otras experiencias (incluyendo la del gobierno español con ETA) para procurar modificar la situación. Quiero con esto decir que lo que sigue puede aplicarse a la “lucha contra el terrorismo” sea la estadounidense o la española y no sólo al Trabajo Social. Véase Serafino, 2002.

de 2001, y, ciertamente, vende en los telediarios y en los programas de “sucesos”. Y, si analizamos los spots publicitarios de juguetes para niños (no para niñas), la conclusión es la misma: la violencia no sólo no es mala cosa, sino que es estética y buena e incita a la compra de juguetes sexistas y violentos. No he visto datos recientes, pero no hace tanto que los dos periódicos más vendidos en España eran, uno, dedicado al deporte y, otro, dedicado a crímenes y sucesos. La violencia (vista en la pantalla) y la pobreza (vista en la pantalla) son sumamente satisfactorias para el que dice “*qué horror*” o piensa “*peor podría estar yo, luego no estoy tan mal*”, asunto para el que los ejemplos no faltan (VV.AA., próximo).

Además, y como ya he insinuado, esta “venta” de la violencia tiene muchos elementos semejantes con la pornografía de tipo sexual: lo que vemos en pantalla es lo que nos impresiona; la impresión es pasajera y se soluciona de forma rápida; y lo que vemos está totalmente descontextualizado ya que nada se nos dice de lo anterior ni de lo posterior, sólo el hecho desnudo y muchas veces, sin que lo sepamos, maquillado, falso, como fueron algunas imágenes del genocidio ruandés (Chomsky y Ramonet, 1995).

La violencia, como la sexualidad (y no digamos cuando la sexualidad es violencia), afecta a muchas zonas de la personalidad y no tenemos conciencia de todas ellas, de forma que es fácilmente manipulable, explotable, excitable e incontrolable. De ahí la necesidad de abordar este tema con un mínimo de distanciamiento.

Y el primer paso para este distanciamiento consiste en darse cuenta de que la violencia no es lo más importante. No digo que no sea importante. Lo es: por supuesto para los que la sufren, pero también para los que la practican. Lo que quiero decir es que la fascinación por la violencia, si lo que queremos es intervenir para obtener un mayor bienestar o la satisfacción de las necesidades humanas, no debe hacer que nos quedemos obsesionados con la misma. La razón es bien simple: si la violencia, como creo, es manifestación de algo, la pregunta más importante es la de saber qué es ese algo. Normalmente es un conflicto inmediato o mediato. Un conflicto intrapsíquico o un conflicto entre gobiernos o un conflicto entre grupos definidos étnicamente o políticamente, no importa ahora. Lo que importa es saber que:

- a) un conflicto es una relación entre partes que tienen objetivos incompatibles,
- b) que conflictos los habrá siempre y que no es una cosa necesariamente mala el que existan y
- c) que hay circunstancias que hacen que los conflictos lleven a la violencia y eso sí puede ser malo aunque no sea más que para los que la reciben.

De todas maneras, no hay que perder de vista un tipo de contradicción o de conflicto del que se suele prescindir en muchos estudios sobre la violencia. Me refiero al “conflicto social” en su sentido más amplio, es decir, a las situaciones estructurales de injusticia consiguientes o no a un conflicto de intereses, con salidas como la explotación, la marginación o la fragmentación social. Se puede pensar, por ejemplo, en el conflicto entre terratenientes, ejidatarios y campesinos sin tierra en Chiapas (asunto en el que hay que pensar *antes* de quedar fascinados por la insurrección zapatista o el carácter mediático del subcomandante Marcos) o se puede pensar, simplemente, en la pobreza como resultado de un particular tipo de violencia, al que después volveré, en la medida en que la pobreza es efecto de decisiones humanas que, de no haberse producido, no habrían llevado a esa situación de pobreza concreta.

Tenemos, pues, dos preguntas previas ante cualquier fenómeno de violencia, sea violencia doméstica o *kale borroka* o el 11 de septiembre (o el 7 de octubre, si se prefiere): la primera es a qué conflicto o conflictos responde. Decir “están locos” o los habituales insultos para los asesinos no añade ni conocimiento ni posibilidades de solucionar el problema. Incluso si se trata de enfermos mentales en sentido literal, la pregunta sobre sus conflictos no está fuera de lugar. La segunda pregunta, que suele ser más útil cuando de lo que se trata es de la prevención del comportamiento violento, es sobre las circunstancias que hacen que ese conflicto haya llevado a la violencia cuando otros semejantes no conducen a ella.

Hay una respuesta a estas preguntas que deberíamos saber que es falsa por definición y es la que recurre a constantes para explicar comportamientos variables. Se nos dice, por ejemplo, que la causa de un determinado tipo de violencia está en la cultura, en el choque de civilizaciones, en las religiones. No voy a negar el papel que, por ejemplo, las religiones han tenido en algunos comportamientos no sólo violentos sino incluso muy violentos, salvajes diría yo pensando en las Cruzadas de los “civilizados” europeos contra los “bárbaros” musulmanes y de los que la historia escrita por los musulmanes ha dejado abundante material documental que no por ello legitima los comportamientos violentos de musulmanes contra otras gentes por el mero hecho de ser de otra religión (Chomsky, 2001, cap. 11). Pero tal respuesta nos deja sin explicación disponible para los casos, igualmente existentes, en que miembros de distintas religiones han convivido no sólo pacíficamente sino incluso de manera mutuamente fecundante, como pudo ser el caso de la Escuela de Traductores de Toledo, época, por cierto, en la que, en términos comparativos, mayores cotas alcanzó la ciencia española. Hablo de hace diez siglos. Pero lo mismo se podría decir de los años en

los que en la entonces Yugoslavia coexistían pacíficamente varias religiones con el marxismo y en los que los matrimonios mixtos eran relativamente frecuentes y la mezcla territorial en las ciudades era la moda, años bien distintos de los que siguieron y en los que, en nombre de esas mismas religiones, se practicó la limpieza étnica.²

Lo mismo puede decirse de los intentos de biologizar la violencia. Que la violencia tenga o pueda tener un componente biológico no implica que una constante, la Biología, pueda explicar los comportamientos violentos variables. Es obvio, y basta la más somera introspección, que tenemos reacciones agresivas, pero tendría que ser igualmente obvio que el cerebro ha adquirido, fruto de la civilización, mecanismos para inhibir esa agresividad. La educación, efectivamente, puede influir para que se formen en el cerebro las conexiones neuronales que controlan la agresividad o para que no se formen.

Algo semejante puede decirse sobre la violencia desde una perspectiva de género. Es cierto que la mayoría de agresiones se producen por parte de varones, lo cual significa que también hay agresiones producidas por las mujeres. Pero la discusión tendrá que incluir no sólo el hecho de la diferente "cantidad" de comportamientos violentos al contarlos por sexos, sino también la diferente "cualidad" de dichos comportamientos y, en todo caso, no concluir que todos los varones somos violentos y que ninguna mujer lo es en ningún sentido posible ya que el comportamiento viene determinado por el sexo. Es obvio que no es el caso y que hay varones pacíficos y mujeres violentas, pacifismo de varones y pacifismo de mujeres y "violentismo" de varones como de mujeres.

La "Declaración de Sevilla", promovida por la UNESCO y firmada por numerosos científicos ya en 1986, dejaba bien claro:

- a) "que no hemos heredado de nuestros antepasados animales una tendencia a hacer la guerra";
- b) "que es científicamente incorrecto decir que la guerra o cualquier otro comportamiento violento está programado genéticamente en nuestra naturaleza humana";
- c) y, en general, que "la guerra es biológicamente posible, pero no es inevitable, como se evidencia por su variación en el espacio y el tiempo tanto en ocurrencia como en naturaleza". En otras palabras, no puede tomarse una constante como explicación de algo que cambia a lo largo del tiempo y de un lugar a otro.

² Curiosamente, la época de convivencia y paz ha sido prácticamente olvidada y sólo se encuentran exaltaciones de la época más violenta. Como ejemplo: Ian Fisher, "Milosevic on trial: autopsy on Yugoslavia", *International Herald Tribune*, 12 de febrero de 2002. Lo dicho tiene poco que ver con el interés por parte "occidental" en magnificar los crímenes, como se denuncia en <http://emperors-clothes.com/>

El segundo paso para conseguir el distanciamiento frente a un problema en el que hay elementos biológicos, inconscientes, sociales y hasta climáticos (electricidad estática, iones), es no aceptar a la primera las explicaciones que se nos dan sobre el porqué de tal comportamiento. Un autor de hace casi un siglo, Wilfredo Pareto, al que se refieren tanto los economistas como los sociólogos y al que, ay, también se referían los fascistas italianos, distinguía ante cualquier comportamiento entre lo que él llamaba “residuos”, las verdaderas causas del comportamiento, a veces desconocidas por el mismo actor que lo manifiesta, y las “derivaciones”, las razones que el actor da para explicarlo e incluso para explicárselo a sí mismo.

Pienso, por ejemplo, y en el ámbito interestatal, en la pasada guerra entre Ecuador y Perú, cuyo fin fue ratificado en 1999. Las “derivaciones” eran las de posesión de territorios, con más o menos recursos, pero sobre los que los dos gobiernos reivindicaban la posesión, todo ello con el vocabulario nacionalista al uso, “defensa de la Patria”, “intereses nacionales”, “orgullo patrio”, “el pueblo en armas”, “derechos históricos” y demás elementos del vocabulario nacionalista. Los residuos, al margen de que algunos de estos “nacionalistas” estaban dedicados al saqueo más infame de su “amada patria”, eran muy otros: era proyectar hacia el exterior un conflicto interno por manifiesta incompetencia de los dichos gobernantes. Es un mecanismo muy frecuente y no se reduce a la habitual manipulación de los sentimientos nacionalistas de la que, a estas horas, ya tendríamos que ser todos conscientes (e incluye al españolismo, al valencianismo, al vasquismo, al catalanismo y hasta, si se me apura, al alicantinismo) (Tortosa, 2001a, cap. 6). Pareto hablaba de comportamientos individuales, pero se acaba de ver que también se puede aplicar a los colectivos.

Hay situaciones en las que las razones que se dan para “explicar” un comportamiento violento son todavía menos creíbles. Se trata de los casos que algunos investigadores para la paz llaman de metaconflicto y sobre los que es posible hacer infinidad de caricaturas. Se producen cuando la violencia genera “contraviolencia” que, a su vez, genera una reacción de “contra-contraviolencia” y así sucesivamente, es decir, se producen cuando se aplica el principio de acción-reacción llegando a momentos en los que el conflicto original ya casi nadie recuerda o se transforma en mitología para una o para ambas partes o para todas las partes. En estos casos, el recurso al conflicto original puede ser tarea inútil, como bien supieron Romeo y Julieta, enamorados en las circunstancias del metaconflicto entre Montescos y Capuletos.

Algo semejante puede decirse de los malos tratos (incluido el abuso sexual) a los hijos: que al ser propio de los que, en su momento, fueron objetos de malos tratos por parte de padres, tíos, abuelos y demás fa-

milia, adquiere una lógica propia, pero en el que claramente se ve que el problema a abordar son los malos tratos recibidos en su día por el hoy maltratador que podrá decir que “pega lo normal”, “no puede contenerse” o cualquier otra “derivación”, cuando el “residuo” está en la propia historia personal. Y aquí, como en los restantes ejemplos, sin que el abuso recibido en la infancia lleve inexorablemente a que el individuo tenga que practicar abusos a su vez (Cyrulnik, 2001).

El tercer paso es el más difícil cuando de lo que se trata es de una violencia concreta: consiste en la necesidad de mantener, si se me permite, los pies calientes y la cabeza fría, pero no al revés, es decir, la necesidad de distinguir entre la reacción emocional inevitable (miedo, indignación, rechazo, terror, compasión, etcétera) y la respuesta racional exigible. Con indignación (incluso con “santa indignación”) se consiguen pocas cosas. Y algunas de las reacciones emocionales sólo añaden gasolina a la hoguera, como pueden ser los deseos de venganza que con facilidad llevarán a metaconflictos si se convierten en prácticas. Éste podría ser el caso de las reinstauradas penas de muerte en los Estados Unidos y podría llegar a serlo si se reinstaura en España como efecto de la presión de un electorado que reacciona pidiendo venganza frente a los atentados de ETA.³

Lo mismo puede decirse de la reacción “compasiva” como reacción puramente emocional frente a los fenómenos asociados con la pobreza, mucho más si lo son en contextos como una catástrofe humanitaria producida directamente por los seres humanos (como es la guerra) o indirectamente (como son algunas tragedias, naturales tal vez en sus orígenes, pero muy sociales en sus efectos ya que, sin sorpresa, tienden a golpear en mayor proporción, y no sólo en cantidad, a los más débiles). La compasión, efectivamente, es un sentimiento muy noble que nos diferencia de los restantes animales de este Planeta a los que les cuesta, a lo que parece, sentirla, pero la compasión no basta. Más aún, la compasión puede ser, como en el título de la novela de Stefan Zweig, “La piedad peligrosa”: dejarse llevar, sin ulteriores análisis, por la compasión puede hacer peor el remedio que la enfermedad o convertirse en “pan para hoy, hambre para mañana”. Ejemplos de ello los hay abundantes y van desde la destrucción de la economía local y de su sector textil producida por un reparto “compasivo” de ropas y man-

³ Otra cosa es la “santa indignación” como derivación de un residuo bien diferente. Brad Knickerbocker (“As ‘evil axis’ turns, Bush sees no blur of right, wrong”, *Christian Science Monitor*, 6 de febrero de 2002) plantea que la resolución moral del segundo Bush es un elemento importante en su recuperación de popularidad. De hecho, Bush pasa, según Gallup, de una aprobación del 51 por ciento a la del 86 por ciento, la más alta que se conoce en la historia de las recuperaciones de popularidad presidencial. Pero es sintomático que se evite responder a la pregunta de “por qué nos odian”.

tas, hasta la generación de una cultura de la dependencia y un cataclismo económico-poblacional ocasionado por la exageración interesada de la avería de Chernóbil que tanta compasión ha creado, pasando por los efectos que tiene la redención de esclavos por parte de compasivas instituciones en el aumento del número de esclavos, ahora más negocio que nunca.⁴

Volviendo al símil de la pornografía, la limosna compasiva frente a la pobreza (o la “tiritita” compasiva frente a la violencia) pueden satisfacer momentáneamente al que la da, dejarle “muy a gusto” y pueden evitar el que se haga más preguntas. Dada la limosna o puesta la “tiritita”, la tensión personal (emocional, sexual) desaparece. Pero, en muchos casos, lo que se ha conseguido es que el problema sea mayor (adicción a la pornografía, por ejemplo) o, en los más, que el problema permanezca inalterable. Es cierto que no se puede vivir en estado de tensión (del tipo que sea) permanente, pero el autoengaño efímero no es, posiblemente, la mejor solución.

La racionalidad, en este contexto de intensidad emocional, puede ser de dos tipos según una vieja distinción usada por Max Weber: racionalidad con respecto a los fines y racionalidad con respecto a los valores. La primera es la racionalidad instrumental: hay que saber qué fines se pretenden, qué medios se pueden aplicar y cuáles llevan mejor al fin propuesto, aplicando entonces los medios “tanto cuanto” lleven al fin. Los fines pueden ser muy variados y no sólo se encuentran, cuando se observan los comportamientos relativos a la violencia, los de intentar hacerla disminuir o incluso hacerla desaparecer, sino que también está el de mejorar las perspectivas electorales de una determinada formación política o conseguir sustanciosos beneficios con la venta de armamento. Precisamente por eso conviene introducir también la racionalidad con respecto a valores, la acción guiada por principios (llámense morales, éticos, ideológicos, religiosos o deontológicos) que nos permite discriminar entre las distintas razones instrumentales que pueden ser maquiavélicas del “todo modo”, pero sin dejarse llevar por los sentimientos, como digo comprensibles, pero poco útiles desde esta perspectiva.⁵ La pasión es mala consejera en asuntos ya de por sí fácilmente pasionales.

⁴ Entre 35 y 75 dólares cuesta la redención de un esclavo en el Sudán. De ahí que aumente el número de esclavos reales o ficticios con tal de conseguir ese dinero. “A funny way to end the slave trade”, *The Economist*, 9 de febrero de 2002, pág. 38. Para el caso de Chernóbil, véase “UN report attacks ‘myth’ of suffering”, *The Guardian Weekly*, 10 de enero de 2002.

⁵ Véase la postura del juez Baltasar Garzón a propósito de la intervención estadounidense en Afganistán: “La respuesta. Frente al terrorismo, el derecho, no las armas”, *El País*, 2 de octubre de 2001.

II. ANTE LAS VIOLENCIAS.

Mi contribución a estos debates en el presente contexto se va a reducir a algunas recomendaciones muy sencillas.

1. En primer lugar, es recomendable *reducir las expectativas*. No tiene mucho sentido esperar acabar con la violencia en el mundo, como no tiene sentido pretender que desaparezca la pobreza o la enfermedad. Los Jinetes del Apocalipsis recuperados ahora por Susan George en su *Informe Lugano* parece que van a seguir con nosotros mientras dure la especie, si no es que terminan con ella (Tortosa, 2001b). Ponerse objetivos tan extremos tal vez reconforte haciendo pensar que estamos en el camino justo y que pertenecemos a la elite que lucha por el bien absoluto, cosa muy gratificante sin duda, pero a la larga termina por generar frustración sin que la realidad haya cambiando de forma notable gracias a estas “omnipotencias de las ideas”, gracias a pensar infantilmente que, si deseamos algo con intensidad, lo conseguiremos.

Frente a esta pretensión, y para el campo que ahora nos ocupa, es mucho más sensato y fecundo partir del supuesto de que no hay sociedad sin conflictos, sin contradicción. Ésa fue la sabiduría de los taoístas que llega a nosotros a través de unos de sus discípulos inesperados, a saber, los maoístas, los que podían leer un opúsculo como el de Mao sobre “la resolución de contradicciones en el seno del pueblo”. El problema, por tanto, no va a ser el de suprimir los conflictos (como no lo es el de hacer desaparecer la pobreza o la enfermedad en el mundo) sino el de resolverlos o transformarlos bien, sin que lleven a la violencia. Del mismo modo que el problema no es “la paz en el mundo” sino cómo conseguirla en los enfrentamientos violentos conocidos, el problema no es el fin de la pobreza o de la enfermedad en el mundo sino la satisfacción de las necesidades básicas de las personas concretas en frente o al lado nuestro. El médico no pretende acabar con la enfermedad sino curar a los enfermos concretos.

2. *Entender las violencias* es la segunda de mis recomendaciones. Hay, ciertamente, una corriente nada despreciable en el pensamiento y análisis sobre estos asuntos que encuentra incluso frívolo hablar de violencia que no sea la directa, la violencia física. Para obviar discusiones que, en mi opinión, a nada llevan, propongo una visión ecléctica, hasta de “pensamiento débil” teniendo en cuenta el potencial para la violencia que tiene el “pensamiento fuerte”.

El punto de partida es la observación del comportamiento violento, de la violencia directa, física o psicológica. Este comportamiento

suele ir acompañado por razonamientos que lo explican, actitudes, ideas que lo promueven, legitimaciones, “derivaciones” en definitiva y este tipo de factores que se pueden llamar violencia cultural o de cualquier otra forma, intervienen en el comportamiento violento por lo menos justificándolo cuando no incitándolo. Finalmente, hay factores que ya no son culturales sino que son estructurales: son las contradicciones, los conflictos, las situaciones de desigualdad y pobreza que pueden ser englobadas bajo la palabra violencia estructural o que pueden aparecer como contradicciones o como desigualdad dependiendo de perspectivas ideológicas que ahora no es momento de detenerse en ellas (Martínez Román 2001 a y b).

Conviene recordar a este respecto que la relación entre desigualdad, pobreza y violencia directa no es unívoca ni mecánica, pero sí real como acaba reconociendo la página web del Banco Mundial,⁶ nada sospechoso de alarmista o “izquierdista”. Es obvio que no toda violencia concreta se puede relacionar directa e inmediatamente con antecedentes desigualitarios o de miseria (el caso vasco es un buen ejemplo de ello), pero sí sabemos que el aumento de pobreza o de desigualdad suele traer consigo aumentos de violencia directa en términos generales, además de los casos en los que la relación sí es directa e inmediata.

No se trata, como podría imaginarse, de dar a cualquiera de los vértices de este triángulo un pretendido papel de “determinante en última instancia” sino de afrontar cualquier situación de violencia directa con tres preguntas y no sólo con una. No se trata de quedar atrapados por la fascinación con la violencia física o por la tremenda coherencia de los catecismos marxistas o por la, al parecer menguante, moda culturalista, sino de preguntarse por los otros dos elementos del problema. Así, por ejemplo, ante situaciones en la que lo más aparente es la limpieza étnica y el “choque de religiones”, como fue el caso de la exYugoslavia, no vendrá mal hacerse una pregunta

⁶ Véase www.worldbank.org/poverty/inequality.

sobre los elementos estructurales asociados, por ejemplo, con el pago de la deuda externa (Barratt Brown, 1999).

3. La tercera recomendación se refiere a la de *ver los comportamientos violentos desde una perspectiva dinámica*.⁷ Las violencias tienen historia y aunque no conviene dejarse atrapar por los argumentos historicistas de quién tiene razón, sí es conveniente hacer la “historia clínica” de la violencia en cuestión, como ya se ha insinuado al hablar de los abusos sexuales a los hijos. El punto de partida puede ser el preguntarse qué *fin*es hubo (o hay) incompatibles o mutuamente excluyentes y cómo esos fines se fueron estructurando hasta constituir una contradicción o un *conflicto* y cómo diversos *actores* fueron tomando posiciones con respecto a unos y otro. Hasta ahí no suele haber problema: el problema comienza cuando determinados actores no consiguen, por causa del conflicto, los fines que perseguían o perseguirían, en cuyo caso aparece el conocido resultado de la frustración, a saber, la *agresividad*. El *comportamiento violento* (odio, agresión verbal, agresión directa, maltrato psicológico, identificación con el agresor) puede venir después como resultado de legitimaciones *ex ante* o puede tener legitimaciones *post factum*⁸ pero una vez iniciada la espiral de la violencia, la posibilidad de llegar a un *metaconflicto* pasa a ser probabilidad o realidad.

Esta perspectiva dinámica debería poder aplicarse a todos los tipos de violencia directa a los que se hace referencia a continuación. Es obvio que no todos los tipos son idénticos, pero a todos ellos se pueden aplicar estas cuestiones analíticas que nada presuponen sobre las respuestas que se vayan a encontrar. Sobre todo, se pueden aplicar a todos ellos algunas indicaciones muy básicas sobre el “¿qué hacer?” ante conflictos que ya han llevado a la violencia a saber:

- a) identificar el tema en discusión, punto de partida insoslayable sin el cual no vamos a entender nada;
- b) identificar las partes implicadas y que raramente son dos sólo;
- c) identificar el tipo de relación que une a los implicados;
- d) separar el motivo real del conflicto y la retórica que lo acompaña;
- e) separar las causas que han producido la violencia y los desencadenantes inmediatos, asunto particularmente importante para evitar esfuerzos sobre el precipitante dejando intactos los motivos reales;

⁷ Para más detalles véase el método Transcend, propuesto por Johan Galtung, en www.transcend.org.

⁸ No se olvide que, como suele suceder en la violencia doméstica, son los agredidos los primeros en legitimar la agresión que sufren.

- f) separar los fines y los medios, sabiendo que la violencia suele aparecer en los medios, aunque hay casos en que está ya en los fines;
- g) huir de las versiones dicotómicas y más de las maniqueas, aunque es cierto que hay casos realmente dicotómicos.
4. *Hay que ser consciente de los muchos tipos de violencia directa que existen y hay que preguntarse sobre sus posibles relaciones.* Una tipología relativamente sencilla y ya utilizada en otros contextos consiste en considerar quién es el agente de la violencia y quién es el paciente, y ver entre los posibles agentes y pacientes al individuo, a grupos o al Estado. El resultado es el que aparece en la tabla, aunque sólo se ponen en las casillas algunos ejemplos: la “creatividad” humana para rellenarlas es inagotable.

Ejemplos de violencia directa

		DESTINATARIO		
AGENTE		Individuo	Grupo	Estado
	Individuo	Suicidio. Abuso, agresión, homicidio. Aborto. Violencia doméstica.	Asesinato «en serie». Agresión racista. Agresión fóbica.	Terrorismo individualista.
	Grupo	Atentado, secuestro. Linchamiento. «Pandillismo». Mutilaciones.	Guerra civil. Limpieza étnica. «Pandillismo».	Terrorismo. Guerrilla.
	Estado	Tortura. Cárcel. Pena de muerte.	Terrorismo de Estado. Genocidio. Limpieza étnica.	Guerra convencional. Terrorismo internacional.

Los problemas que plantean estos tipos y la situación contemporánea con cada uno de ellos los he tratado en otra ocasión (Tortosa, 2001a, cap. 2). Aquí sólo hay que hacer una referencia al papel que tienen los mapas a gran escala, como la tabla que se acaba de presentar: no sirven para solucionar los problemas prácticos de los pequeños desplazamientos de los que está compuesta la vida cotidiana, pero sí sirven para situarlos en un contexto que les pueda dar sentido y tal vez para solucionar los problemas prácticos de los grandes desplazamientos. Quiero decir con esto que, probablemente, y como se va a ver a continuación, para afrontar los comportamientos violentos concretos hagan falta medidas concretas apropiadas (y de eso trata este Congreso, entre otros asuntos) y estas medidas incluyen, en muchas ocasiones, las estrictamente policiales. Pero

para entender qué está sucediendo tal vez pueda ser interesante poner en relación estas casillas entre sí. Algunas de estas relaciones son clásicas (por ejemplo, la que se da entre tasa de suicidios y guerra –o paz– entre Estados, y que siempre proporciona sorpresas contraintuitivas o contrarias a teorías sociológicas muy respetadas⁹), otras han entrado en el debate político después de haber sido obviadas (por ejemplo, la que se da entre el pandillismo de la “kale borroca” y la violencia de ETA), otras no se discuten tanto y valdría la pena hacerlo (por ejemplo, la relación entre el pandillismo de la *kale borroca* y los restantes pandillismos españoles y europeos).

5. *Atender a los orígenes sociales de la violencia es encontrar pistas para abordarla e intentar que disminuya ya que ahí están los factores más accesibles.* Cuando se analiza con detenimiento el modo con que el entrenamiento militar intenta superar la resistencia instintiva que tenemos los humanos a matar a nuestros semejantes (Grossman, 1995), se observa que unen dos perspectivas que están en dos experimentos clásicos, los de Milgram sobre la obediencia a la autoridad, y los de Sherif sobre la sumisión al grupo. Los soldados, en efecto, deben, además de determinados condicionamientos de su conducta y determinadas características en su personalidad, tener una clara conceptualización negativa del “enemigo”, sentir la presencia de una autoridad legítima y saber que están arrojados por un pequeño grupo que les absolverá. Las pistas para la educación noviolenta son numerosas y se añaden a las ya aportadas por Rojas Marcos en su *Las semillas de la violencia*, a saber, el papel de la familia, el grupo de pares y los medios de comunicación en la configuración del comportamiento violento. Lo interesante de estas perspectivas es que proporcionan claves para la comprensión de fenómenos tan particulares como el linchamiento. Para el caso mexicano¹⁰ las constantes son elocuentes: superación de la cercanía física mediante el sumergimiento en “la comunidad”, “la gente” o “el pueblo”, es decir, el grupo indiferenciado que se encuentra en superioridad numérica respecto a la víctima, violencia que no se presenta de manera aislada de otros tipos de violencia como la violencia cotidiana, enfrentamiento entre aldeas y comunidades, delincuencia común, “ejecuciones” vincula-

⁹ Es el caso de la eurocéntrica o, mejor, “galocéntrica” perspectiva de Emile Durkheim sobre el suicidio y de las dificultades que tiene para aplicarse a España, al Nepal o la India y a la época más violenta del paso de Yugoslavia a exYugoslavia.

¹⁰ Véase la referencia que hace al libro de Carlos M. Vilas (*In)justicia por mano propia: linchamientos en el México contemporáneo*) Susana González, “Ocupa DF el segundo sitio en linchamientos”, *La Jornada* (México), 7 de septiembre de 2001.

das con el narcotráfico, extralimitaciones de la policía, grupos armados y actividad guerrillera.

6. *Saber que la violencia no es la única opción ante un conflicto y, por tanto, que la “cultura de paz” puede tener un papel importante en la lucha contra la violencia.* De hecho, en un conflicto, la violencia de que gane el que más pueda no es más que una de las posibilidades. También podría darse que ganara quien tuviera razón y, desde este punto de vista, el papel del derecho como mecanismo de resolución de conflictos debe ser subrayado con independencia de lo que se piense de las perspectivas más o menos marxistas al respecto en el sentido de que el derecho es el derecho del fuerte que le hace estar por encima del mismo.¹¹ Pero también podría ganar quien más suerte tuviera (que eso fue, en el medioevo europeo, lo que se hacía con los llamados “juicios de Dios”) o quien más resista, según la recomendación de Cela, o quien sabe rendirse a tiempo como Arquíloco. Pero, ciertamente, el conflicto puede tener como resultado que todas las partes ganen si se consiguen compromisos, compensaciones y, sobre todo, si, entre todos, se transciende el conflicto.

El reaccionar ante un conflicto recurriendo de inmediato a la violencia sin evaluar antes las posibilidades de las otras opciones (con independencia de cómo se juzgue la violencia desde el punto de vista de la racionalidad con respecto a valores), es tan fruto de la educación como su contrario, el de recorrer primero las opciones no violentas antes que la de la violencia, último recursos en algunos contados casos y que, desde el punto de vista de la racionalidad con respecto a valores podría ser aceptado en algunas circunstancias y con claras salvaguardas.¹²

Johan Galtung utiliza un gráfico, aquí transformado en tabla de doble entrada, para hacer ver que las posibilidades, ante un conflicto, son variadas. En su eje vertical sitúa, de más a menos, la importancia que tengan los fines y en el eje horizontal la importancia de la relación entre los actores. Las posibilidades serían las siguientes:

¹¹ En el caso de las relaciones internacionales es visible: los países fuertes pueden ignorar los dictados del derecho internacional y, simultáneamente, exigir su cumplimiento a los países débiles. De hecho, ésa es la extensión que hace Noam Chomsky del concepto de “Estados canalla” (en el libro del mismo nombre ya citado) a los países poderosos que, como los Estados Unidos, hacen caso omiso del derecho internacional.

¹² Que la injusticia –la contradicción, la violencia estructural– sea extrema; que se hayan probado antes las opciones no violentas; que se tengan planes concretos para evitar el metaconflicto;... y que esta violencia no genere nuevas formas de injusticia tan insoportables como las de partida, como queda ejemplificado en *Rebelión en la granja*, la novela de Orwell.

	Mayor importancia de los fines	Menor importancia de los fines
Mayor importancia de la relación	Cooperación (gano/ganas)	Sumisión (pierdo/ganas)
Menor importancia de la relación	Competición (gano/pierdes)	Evasión, huida (pierdo/pierdes)

La negociación sería un caso particular dentro de la cooperación ya que en aquella la importancia de los fines disminuye ligeramente (se está dispuesto a transigir) y la de la relación, aun siendo fuerte, no lo es tanto como en la hipótesis de la cooperación.

7. *Aprender de lo que han hecho otros*, es la séptima recomendación que me atrevo a hacer. En el caso vasco es problemático, en muchos contextos, decir que habría que aprender del proceso norirlandés, pero creo que es así, aunque no en el sentido que se le da a esta propuesta en el Pacto de Lizarra. Más en general, y recogiendo lo ya expuesto en otro lugar a propósito del caso vasco (Tortosa, 2001a, cap. 9)¹³, parece razonable aprender de las sociedades que han sabido afrontar sus conflictos de manera no violenta (Bonta, 1996). En éstas, los mecanismos más evidentes son:

- a) Contención y restricción voluntarias. Los que se encuentran en un conflicto han aprendido a lo largo de su proceso de aculturación y socialización que no hay que dejarse llevar por una posible reacción violenta. Hay que saber contenerse.
- b) Ruptura de la polarización. Un conflicto vivido como dicotómico es más posible que lleve a la violencia que un conflicto en el que se introducen más actores y variables.
- c) Separación de contendientes. En cuanto aparece el conflicto y se prevé su escalada hacia la violencia, los contendientes deben dejar de encontrarse y verse (algunas de estas sociedades, como en su día sucedió con los gitanos españoles aunque va disminuyendo la difusión de dicha costumbre, practican el destierro forzoso de uno de los contendientes y toda su familia precisamente en su porfía por separarlos).
- d) Buscar puntos de encuentro y favorecer diálogos. No se trata de negociación en sentido estricto ni, mucho menos, de negociación a dos (que siempre polariza), sino de favorecer que los contendientes se puedan encontrar en condiciones controladas y para hablar de asuntos más generales.
- e) Mediación. La institución del mediador o mediadora está siempre presente en este tipo de sociedades. Cuando hay un conflicto “peligroso”, mejor que alguien actúe como lanzadera entre las partes según cualquiera de los modelos ahora disponibles que no

¹³ Véase la crítica hecha a dicho capítulo por parte de Amando de Miguel, “Los que ayudan a los terroristas”, *La Razón*, 2 de diciembre de 2001.

que las partes se encuentren directamente. El mediador irá transmitiendo (y dulcificando) las posiciones y las percepciones mutuas y puede encontrar soluciones al conflicto o trascenderlo, transformarlo creativamente. En todo caso, puede intervenir en la racionalización de procesos que suelen ser más bien emocionales.

- f) Sentido del humor. Es una forma de desdramatizar y, en la forma de ironía pero no de sarcasmo, de introducir valoraciones de forma no violenta. Desgraciadamente, el sentido del humor es un sentido todavía menos común que el sentido común.

III. PRÓLOGO.

Una introducción como ésta no debe terminar con conclusiones, sino abriendo la discusión que va a seguir en la que los retos son triples:

- a) Producción de buenas *teorías*, de buenas formas de entender los fenómenos y de buenas y eficientes maneras de encontrar relaciones significativas entre los elementos que componen la realidad. Es difícil, pero no imposible.
- b) Producción de buenos *datos* relativos a las violencias. La tarea, aquí, es algo más complicada. A pesar de la fascinación con la violencia y de la pornografía de la violencia, no es fácil obtener buenos datos sobre suicidios, maltratos dentro de la unidad doméstica o tortura, por poner algunos ejemplos. Las familias ocultan los datos, las mujeres (y mucho más los hombres en una sociedad machista como la nuestra) tienen miedo/vergüenza de denunciarlos y los Estados son particularmente púdicos cuando se trata de airear sus tropelías y abusos. Pero algo más ya vamos sabiendo, sobre todo gracias al trabajo de las organizaciones voluntarias que defienden a las víctimas y cuya tendencia a la exageración es comprensible.
- c) Producción de buenas *políticas sociales*, buenas prácticas, buenos tratamientos o buenas terapias para los comportamientos juzgados como indeseables y fomento de las instituciones que permitan su aplicación. Aparentemente, aquí reside el mínimo de dificultad ya que a todos se nos pueden ocurrir infinidad de políticas que resuelvan el problema al grito de "*eso lo arreglaba yo en dos días*". Sin embargo, no se trata de tener buena imaginación, sino de que los frutos de esa imaginación puedan realmente aplicarse y que se haga con los resultados deseados o deseables. Las dos cosas son realmente problemáticas. En el caso de la violencia, porque no sólo el

Estado se reserva el monopolio del uso legítimo de la violencia (y es el Estado el que define lo que es legítimo y lo que no) sino también porque hay un conjunto de intereses (desde las empresas de armamentos a las de la pornografía de la violencia) que velan por que estas políticas sean, a lo más, paliativas de los posibles efectos negativos que pudiera tener la violencia y nunca preventivas.

Los componentes más lúcidos de la elite mundial (de Kofi Anan a Susan George, de John Kenneth Galbraith a George Soros) comienzan a expresar su preocupación por el riesgo que la difusión de la pobreza y la violencia supone para la continuidad de la especie humana. El problema es que no hay peor sordo que el que no quiere ver.

BIBLIOGRAFÍA CITADA O RECOMENDADA.

- AGUIRRE, M.: *Los días del futuro. La sociedad internacional en la era de la globalización*, Barcelona, Icaria, 1995.
- AGUIRRE, M. y RAMONET, I.: *Rebeldes, dioses y excluidos*, Barcelona, Icaria, 1998.
- BARRATT BROWN, M.: "War in the Balkans: Economic causes and solutions re-examined", *The Spokesman*, 65 (1999) 52-60.
- BONTA, B.D.: "Conflict resolution among peaceful societies: The culture of peacefulness", *Journal of Peace Research*, XXXIII, 4 (1996) 403-420.
- CYRULINIK, B.: *Los patitos feos*, Gedisa, 2001.
- CHOMSKY, N. y RAMONET, I.: *Cómo nos venden la moto*, Barcelona, Icaria, 1995.
- CHOMSKY, N.: *Estados canallas. El imperio de la fuerza en los asuntos mundiales*, Barcelona, Paidós, 2001.
- CIP: *Construir la paz. Una aproximación didáctica a la reconstrucción posbélica*, Madrid, Centro de Investigación para la Paz -FUHEM-, 2000.
- FISAS, V.: *Cultura de paz y gestión de conflictos*, Barcelona, Icaria, 1998.
- Galtung, J., *Peace by Peaceful Means. Peace and Conflict, Development and Civilization*, Londres, Sage, 1996.
- GALTUNG, J.: *Conflict Transformation by Peaceful Means*, Ginebra, Naciones Unidas, 1998 (hay traducción al castellano, pero algo defectuosa).
- GALTUNG, J.: *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución*, Gernika, Gernika Gogoratuz y Bakeaz, 1999.
- GALTUNG, J. y JACOBSEN, C.G.: *Searching for Peace. The Road to Transcend*, Londres, Sage, 2000.
- GROSSMAN, D.: *On killing. The psychological cost of learning to kill in war and society*, Nueva York, Little, Brown and Co., 1995.

- KALDOR, M.: *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets, 2001.
- MARTÍNEZ GUZMÁN, V.: «Paz» en A. Cortina ed., *10 palabras clave en filosofía política*, Estella, Ed. Verbo Divino, 1998, pp. 309-352.
- MARTÍNEZ ROMÁN, M.A.: «Género, pobreza y exclusión social: diferentes conceptualizaciones y políticas públicas», en VV.AA., *Pobreza y perspectiva de género*, J.M. Tortosa coord., Barcelona, Icaria, 2001a, págs. 65-83.
- MARTÍNEZ ROMÁN, M.A.: “Pobreza, exclusión social y cultura de paz”, en VV.AA., *Nuevas perspectivas de los Servicios Sociales*, Díaz Martínez, J.A. y M^a.J. Salvador Pedraza coords., Madrid, UNED, 2001b, págs. 317-344.
- ROJAS MARCOS, L.: *Las semillas de la violencia*, Madrid, Espasa Calpe, 1995.
- SERAFINO, N.M.: “Combating terrorism: Are there lessons to be learned from foreign experiences”, *Congressional Research Service Report for Congress*, RS21110, 18 de enero de 2002.
- TORTOSA, J.M.: *El largo camino de la violencia a la paz*, Alicante, Universidad de Alicante, 2001a.
- TORTOSA, J.M.: *El juego global. Maldesarrollo y pobreza en el capitalismo mundial*, Barcelona, Icaria, 2001b.
- UNIDAD DE ESTUDIOS HUMANITARIOS: *Los desafíos de la acción humanitaria. Un balance*, Barcelona, Icaria, 1999.
- VV.AA.: *El sexo de la violencia. Género y cultura de la violencia*, V. Fisas ed., Barcelona, Icaria, 1998.
- VV.AA.: *Globalización y sistema internacional. Anuario CIP 2000*, Barcelona, Icaria, 2000.
- VV.AA.: *Políticas mundiales, tendencias peligrosas. Claves sobre la realidad internacional Anuario CIP 2001*, Barcelona, Icaria, 2001.
- VV.AA.: *La paz imperfecta*, F.A. Muñoz ed., Granada, Eirene, Instituto de la Paz y los Conflictos, 2001.
- VV.AA.: Dossier “Mujeres y violencia”, *Papeles de cuestiones internacionales*, 73 (2001).
- VV.AA.: *Mujeres pobres*, J.M. Tortosa coord., Madrid, Foessa, próximo.
- WALLERSTEIN, I.: *Utopística, opciones históricas para el siglo XXI*, México, Siglo XXI, 1998.

Páginas web

En el libro de Fisas (*Cultura de paz...*) y en el de Tortosa (*El largo camino...*) hay referencias.

También en: www.ua.es/es/cultura/r.altamira